
William G. Johnsson

Gracia
para el oportuno
Socorro

EL MENSAJE DE HEBREOS HOY



Gracia para el oportuno socorro

El mensaje de Hebreos hoy

William G. Johnsson



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.
Argentina.

Índice de contenidos

Tapa

Prefacio

1- Los “hebreos” y su “carta”

2- El Hijo: el discurso culminante de Dios

3- El Hermano: uno con nosotros

4- El Sacerdote: mediador compasivo

5- El Sacrificio: una vez para siempre

6- El Rey: gobernante para siempre

7- La naturaleza de la plena confianza

8- Cristianismo como peregrinación

Gracia para el oportuno socorro

El mensaje de Hebreos hoy

William G. Johnsson

Título del original: *Absolute Confidence*, Review and Herald Publishing Association, Hagerstown, MD, Estados Unidos, 1979.

Dirección: Martha Bibiana Claverie

Traducción: Juan Fernando Sánchez

Diseño de tapa: Carlos Schefer

Diseño del interior: Marcelo Benítez

Ilustración: Shutterstock (Banco de imágenes)

Libro de edición argentina

IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición, e - Book

MMXX

Es propiedad. © 1979 Review and Herald Publishing Association.

© 2016 ACES.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-178-0

Johnsson, William G.

Gracia para el oportuno socorro: El mensaje de Hebreos hoy / William G. Johnsson / Dirigido por Martha Bibiana Claverie. - 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: Online

Traducción de: Juan Fernando Sánchez.

ISBN 978-987-798-178-0

1. Nuevo Testamento. I. Claverie, Martha Bibiana, dir. II. Sánchez, Juan Fernando, trad. III. Título.

CDD 225

Publicado el 20 de mayo de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana (Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

**“Por tanto, teniendo un gran Sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”
(Heb. 4:14-16).**

Prefacio

El libro de Hebreos es maravilloso, y misterioso. La solemnidad de su lenguaje, la amplitud de sus ideas, su elegante argumentación... Enseguida percibimos que estamos ante un autor magistral. Sin embargo, los conceptos son difíciles. Se habla de sacerdotes y templos, de sangre y sacrificios. Escuchamos profundas advertencias acerca de pecados que escapan a la posibilidad de arrepentimiento. Acabamos con una sensación de temor reverencial ante este enigmático escrito.

No ha de extrañar mucho, entonces, que Hebreos sea una parte descuidada del Nuevo Testamento. A lo largo del siglo XX, los estudiosos protestantes de la Biblia dedicaron sus energías a investigar las cartas comúnmente atribuidas a Pablo, y los Evangelios. Hebreos, con su lógica imponente aunque lejana, ha sonado como algo más ajeno a la mente moderna, y los eruditos prácticamente, lo han dejado de lado. Solo en tiempos recientes se ha evidenciado un nuevo interés en este libro; aunque todavía sea comparativamente escaso. Los eruditos católico romanos, por su parte, han demostrado una atención más constante hacia este documento. Aparentemente, se han sentido más a gusto con el lenguaje de los sacerdotes y los sacrificios. En sus estudios, a menudo se evidencian esfuerzos por descubrir referencias a la misa en Hebreos.

El libro de Hebreos hace muchos años me fascina. La dificultad de su lenguaje (los estudiosos del Nuevo Testamento en griego, gozosos por su dominio de la literatura joanina, se desconciertan ante su propia ignorancia, cuando se trata de Hebreos) y sus deliberados rodeos argumentales, me han hecho volver a este escrito

una y otra vez durante casi veinte años. De mi estudio, han brotado varias convicciones que llegaron a arraigarse en mí.

En primer lugar, con el fin de entender el libro, hemos de contemplarlo como un todo. Estoy cada vez más convencido y asombrado a causa de la estructura minuciosamente pensada de Hebreos. No fue escrito de manera fragmentaria, sino como una unidad lógica y literaria; cada una de cuyas partes contribuye y es necesaria para la armonía global y el desarrollo general de los conceptos.

Y es en este punto que cabe hacer una crítica importante de los estudios recientes. Se han concentrado en una parte de aquí, otra de allá, una tercera de otro lado... Ha habido indagaciones sobre el Santuario celestial y la liturgia, el "reposo", el sentido simbólico de Melquisedec, su temática sinuosa, la escatología... Pero, aunque los investigadores han hecho un amplio y buen trabajo, nos dejan con un libro de Hebreos inconexo e, incluso, contradictorio. Esto supone un tremendo fracaso de los estudiosos de Hebreos, a la hora de captar el libro de manera global.

En segundo lugar, tengo la convicción de que Hebreos no es el enigma que normalmente creemos. Podemos estar seguros de que el autor del texto lo escribió de modo que lo entendieran en sus días, ¡no solo para profesores de Nuevo Testamento! Entre los cristianos primitivos, no había muchas personas instruidas y doctas (ver 1 Cor. 1:26-28); no obstante, Hebreos iba dirigido a ellos. Sin duda, como veremos en el capítulo 1, el libro tiene un propósito práctico, aspecto que a menudo pierden de vista quienes se extravían en marañas teológicas. Y creo que podemos estar seguros de que los cristianos primitivos lo entendieron.

También el creyente moderno puede comprender Hebreos. El documento, sin embargo, no develará su mensaje

fácilmente. Su argumentación, cuidadosamente tejida, requiere un grado de concentración al que estamos menos acostumbrados de lo que lo estaban nuestros antepasados. La era moderna, con su bombardeo publicitario y mediático, ha embotado nuestras facultades. Y lo cierto es que necesitamos estar preparados para escuchar al autor. En la práctica, esa es la parte más difícil del estudio de la Biblia. Continuamente incorporamos nuestros propios conceptos al texto. Con Hebreos, esto resulta doblemente negativo, por ser sus ideas tan distintas de los conceptos corrientes en otras partes del Nuevo Testamento. Solo cuando nos detenemos y dejamos que Hebreos nos muestre su mensaje en sus propios términos, podemos entenderlo y captarlo en su integridad.

En tercer lugar, es necesario entender el libro de Hebreos. La Palabra de Dios según Hebreos no ha sido oída con plena claridad. Hemos percibido solo oscuros murmullos, misteriosos galimatías de una época hace tiempo fenecida, acordes disonantes, caminos errados, melodías disarmónicas. Es trágico el abandono de Hebreos por parte de los investigadores académicos, incluso la indiferencia de muchos otros lectores serios, pues Hebreos contiene un mensaje para los cristianos modernos.

Veremos en el primer capítulo de esta obra que los problemas de los cristianos a los que se dirige Hebreos son notablemente similares a los que nosotros tenemos hoy. Ciertamente, necesitamos conocer la solución que encontró el apóstol. Y sin pensar mal respecto de los esfuerzos de nuestros amigos católico romanos por entender Hebreos, podemos añadir que su mensaje es nítidamente protestante.

Este libro es fruto de estas convicciones. Aunque lo he preparado teniendo presente los muchos y variados

comentarios y monografías sobre Hebreos, la estructura y la interpretación son más; sin perjuicio, por supuesto, de compartir muchos puntos con otros expositores de Hebreos. Me he valido, en especial, del trabajo que realicé para mi tesis doctoral, *Defilement and Purgation in the Book of Hebrews* (Contaminación y purificación en el libro de Hebreos), y de mis escritos y enseñanzas posteriores sobre el mismo asunto.

El propósito básico de esta obra es, por tanto, exponer claramente el “mensaje” de Hebreos, y mostrar su significado para los cristianos de nuestros días. Me gustaría que, sin perjuicio de que mis colegas especializados en Nuevo Testamento puedan disfrutar con el libro, este sea lo bastante simple en su exposición, a la par que desprovisto de terminología erudita, como para que el pastor o el miembro de iglesia que ame su Biblia pueda leerlo con provecho.

Gracia para el oportuno socorro no es un comentario. En lugar de ello, he procurado identificar las ideas principales de Hebreos y explicar cómo se combinan en este maravilloso documento bíblico. Maravilloso, pero confío en que de ahora en adelante no tan misterioso.

William G. Johnsson

Capítulo 1

Los “hebreos” y su “carta”

En este capítulo, efectuaremos una aproximación a vuelo de pájaro al libro de Hebreos. ¿Quiénes eran los “hebreos” a los que el texto se dirige? ¿Qué clase de “carta” es esta? ¿Cuáles son sus rasgos principales, y cómo está estructurada? ¿Por qué se suscitan dudas sobre su autor? Estos asuntos nos orientarán hacia el documento como un todo.

¿Una carta?

“La Epístola a los Hebreos”. Así reza el título en la versión bíblica Reina-Valera 95. Sin embargo, al analizar los antiguos manuscritos del Nuevo Testamento en griego, encontramos que ese epígrafe no apareció sino hasta varios siglos más tarde. Las copias más antiguas decían simplemente: “A los Hebreos”.

Cuando se examina, Hebreos resulta sin duda un extraño tipo de carta. Pensemos en las que escribimos y recibimos, que inician habitualmente con un destinatario: “Querida María...”; Estimados Señores...”. Con frecuencia, las palabras de apertura contienen un saludo o una breve introducción. El cuerpo principal del texto aborda el asunto, o los asuntos, que nos preocupan: manifestaciones de amor, cuestiones de negocios, información solicitada o aportada, etcétera. Los comentarios siempre contienen un elemento *personal*. El autor, dependiendo del destinatario y del propósito del escrito, se abre en mayor o menor grado. El

cierre es, asimismo, formal: “Un cordial saludo”, o algo parecido.

Las cartas del Nuevo Testamento siguen un patrón similar. Podemos ver cómo escribe Pablo a los cristianos de Galacia, Roma, Filipo, Colosas, Corinto, o a su amigo Filemón. Encontramos palabras de saludo, deseos personales, discusión de cuestiones que vienen a la mente, y una conclusión, que incluye la mención de personas y una bendición cristiana para terminar. Parecen cartas que un pastor cristiano de hoy en día podría dirigir a una congregación a la que pastoreó anteriormente, o a un miembro de iglesia en particular. La única diferencia significativa es el comienzo. Mientras que nosotros empezamos con la(s) persona(s) a quien(es) nos dirigimos (“Querido Juan...”), y concluimos con el nombre del autor (“Un abrazo, Isabel”), Pablo se identifica de inmediato: “Pablo, apóstol de Jesucristo..., a la iglesia en...”.¹

Ahora veamos Hebreos. No hallamos identificación alguna del autor, mención de los destinatarios ni palabras de saludo. En vez de ello, el documento se sumerge de golpe en una profunda declaración teológica: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras...”.² Tampoco muestra el escrito ese carácter espontáneo ni el tipo de detalles que esperaríamos en una carta, sino que sigue la forma de una argumentación muy elaborada, que fluye de forma segura y calculada. No al modo, podríamos decir, de una corriente montaña abajo, con sus rápidos, contracorrientes, turbulencias, incluso remolinos, que son propios de una epístola, sino a la manera de los tramos anchos de un río, que abre su curso de manera inexorable camino del mar.

Hebreos no es una carta. El propio apóstol lo llama “palabra de exhortación”³, y eso debería darnos una pista. Tampoco es un tratado teológico, a pesar de un malentendido corriente en ese sentido. A lo largo del libro, la teología se entrelaza con preocupaciones prácticas. ¿Cómo describiremos, entonces, Hebreos? Lo mejor es hacerlo como un *sermón*. A diferencia de una carta, que puede brotar de la emoción profunda y estar escrita a ritmo febril (como Gálatas), un sermón es fruto de una planificación cuidadosa. Sin embargo, no está escrito al margen de la vida: tiene en mente todo el tiempo a sus oyentes y sus necesidades. Así, en el “sermón a los Hebreos”, el razonamiento teológico, en toda su complejidad (para nosotros), sirve a una finalidad práctica para las vidas de sus receptores originales.

Nuestra investigación sobre Hebreos ya está en marcha. La discusión sobre la naturaleza de este documento ha dado a este mayor sentido a nuestros ojos. De inmediato nos damos cuenta de que concentrarnos exclusivamente en las secciones teológicas del sermón nos llevaría a perder de vista su propósito básico. Ahora estamos listos para aceptar la posibilidad de que este antiguo sermón, pensado para ofrecer ayuda espiritual a los primitivos creyentes en Jesucristo, también hoy puede tener importancia en nuestra vida cotidiana.

Tratemos de averiguar algo más acerca de “los hebreos”. ¿Quiénes eran? ¿Cuáles eran sus necesidades espirituales?

Los hebreos

El término “hebreos” no aparece en el sermón; solo se encuentra en el título. Aunque las copias más antiguas que tenemos concuerdan en el encabezamiento “A los Hebreos”,

estas mismas se alejan al menos doscientos años del original autógrafo.

Si el título es genuino, tiene cuatro posibles interpretaciones. Las dos primeras son las más obvias. “Hebreos”, usada étnicamente, se refiere a los judíos en general (sería una apología del cristianismo ante el pueblo judío), o bien a los cristianos judíos. Una tercera forma de entender “hebreos” sería en sentido espiritual, es decir, como judíos espirituales, tomando al nuevo Israel como la iglesia cristiana (1 Pedro habla una y otra vez de los cristianos gentiles en tales términos).⁴C. Spicq⁵ ha sugerido un cuarto –y metafórico– sentido de “hebreos”. Sobre la base de Deuteronomio 26:5, donde se llama “errantes” (versión DHH) a los primeros hebreos, sostiene que el título de nuestro sermón significa: “A los errantes”. Su idea tendría apoyo en las referencias sobre viajes que se encuentran especialmente en los capítulos 3, 4, 11 y 13.⁶

Basándonos sobre los datos inequívocos que ofrece el propio libro de Hebreos, podemos dejar de lado rápidamente la primera hipótesis. Aunque algunos estudiosos de este documento han argüido que los lectores eran judíos no cristianos, o parcialmente cristianos, podemos estar seguros de que lo eran “completamente”. El libro llama a Jesús “Señor” (2:3). Sus destinatarios habían recibido la salvación de Cristo, por medio de los apóstoles (2:1-4) y habían sido bendecidos con el don del Espíritu Santo (6:4, 5). Sin duda, llevaban siendo cristianos un considerable período de tiempo, pues su servicio en favor de los santos era bien conocido (6:9, 10); e inicialmente – hacia la época en que se habían hecho cristianos– habían sufrido penalidades y privaciones por su adhesión a Jesús (10:32-34).

La tercera interpretación falla igualmente. No encontramos que el apóstol tome las promesas hechas a Israel y las aplique en sentido espiritual a los creyentes gentiles, como es obvio que sí hace 1 Pedro. El libro contiene muchas referencias al Antiguo Testamento, pero las usa de una de estas dos maneras: o bien sin “espiritualizarlas”, como en las descripciones del sistema sacrificial, o bien “mesiánicamente”.⁷

La explicación que hace Spicq de “hebreos” como “errantes” es ingeniosa. Desafortunadamente para esta, no hallamos en el texto ninguna clara referencia a Deuteronomio 26:5. No pasa, pues, de ser una conjetura. Con todo, quizá Spicq estuviera en el buen camino más de lo que fuera consciente, como veremos cuando completemos nuestra comprensión de Hebreos (ver capítulo 8).

Hemos dejado aparte la segunda posibilidad, relativa a los cristianos judíos. Para muchos estudiosos de Hebreos, esta respuesta ya era obvia. Sostenían que las extensas referencias al sacerdocio y al culto del Antiguo Testamento presuponen una audiencia judeocristiana, que quizá siente la influencia de los servicios del viejo Templo, o que afronta el trauma de su pérdida en la destrucción romana de Jerusalén el año 70 d.C.⁸

Sin embargo, este punto de vista no es irrefutable. La invocación del argumento sacrificial debe afrontar tres curiosas evidencias, presentes en el texto. Por una parte, el apóstol no razona partiendo de los servicios del Templo, supuestamente vigentes en esos días. En lugar de ello, se remite al sistema sacrificial del tabernáculo del desierto.⁹ Es decir, no usa como referencia el judaísmo contemporáneo, sino el Pentateuco del Antiguo Testamento. Por otra parte,

no es muy cuidadoso en su descripción del Santuario del Antiguo Testamento y de sus sacrificios. Por ejemplo, ubica el altar (o incensario) de oro en el Lugar Santísimo y fusiona los diferentes sacrificios.¹⁰ Nos preguntamos si tales “lapsus” no habrían inquietado a una audiencia judeocristiana (volveremos sobre este asunto en el capítulo 5). Las varias referencias al “Dios vivo” (3:12; 9:14; 10:31; 12:22) tendrían más sentido dirigidas a cristianos gentiles.

Debemos agregar que buena parte de la argumentación sacrificial habría resultado especialmente relevante si el Templo de Jerusalén estuviese aún en pie y en funcionamiento. En conjunto, pues, el punto de vista que contempla a los lectores como cristianos judíos es el más sólido, aun cuando deje espacio para la duda.

Un versículo –y solo uno– parece arrojar alguna luz sobre la localización de los lectores. En 13:24 leemos: “Los *de Italia* os saludan”. Pero incluso esto es ambiguo. Puede significar: a) los que residen en Italia, en cuyo caso Hebreos fue redactado desde Italia (muchos eruditos piensan que desde Roma);¹¹ o b) los de origen italiano, en cuyo caso el autor de Hebreos estaría escribiendo a los cristianos de Italia (de nuevo, quizá de Roma). Posiblemente, debemos preferir la segunda opción, de acuerdo con la construcción griega.

La cuestión de la identidad de estos hebreos es interesante, pero no es lo esencial. Afortunadamente, no necesitamos saber con plena seguridad si eran cristianos judíos o gentiles, para poder entender el sermón a ellos dirigido. Más importante es su *perfil espiritual*, que aflora de inmediato cuando consideramos el tipo de enseñanzas que reciben.

Ya hemos señalado más arriba que estos hebreos eran cristianos veteranos. Pero eso entraña un peligro: nuestra

religiosidad puede volverse mustia, la fuerza vital puede reducirse gradualmente. Este era el problema que afrontaban los creyentes primitivos a quienes se dirige el sermón del apóstol.

En 2:1 al 4, el consejo del apóstol se concentra en los verbos *deslizarse* del versículo 1 (*perder el rumbo*, en la NVI), y *descuidarse* del versículo 3. El primer término es interesante en griego. Es una metáfora náutica usada en el sentido de fluir, escurrirse, ser arrastrado, dejarse llevar. Así como los vientos nocturnos y las corrientes pueden llevar a un barco, en apariencia firmemente fondeado, fuera del puerto, o pueden hacerle perder el rumbo, así los cristianos han de vigilar, para no alejarse del puerto de salvación. La palabra puede aplicarse, también, a un anillo que se desprende del dedo y se pierde (de ahí el “deslizarse” de la versión Reina-Valera). Se trata de una idea similar: la posibilidad de una pérdida gradual, que ocurre de modo imperceptible.

El segundo término traducido como “descuidarse”, tiene el sentido de “no prestar atención”, “despreocuparse”. Notemos que es “una salvación tan grande” lo que se halla en juego. El apóstol no está aquí advirtiendo en contra de un rechazo deliberado del cristianismo; le preocupa, más bien, la posibilidad de que sea desatendido. Es porque el cristianismo es *tan precioso*, que no podemos darlo por supuesto. El valor de la religión requiere un celo que reconozca y esté acorde a su importancia. Siendo que la salvación es tan grande, ¿cómo puede escapar de la retribución divina quien se la toma a la ligera?

Encontramos una segunda serie de exhortaciones en 3:1 al 4:11. Aquí surge el verbo *endurecer*. La idea es similar a la que encontrábamos en 2:1 al 4, aunque ha cambiado la metáfora (la relativa a la pérdida gradual de las facultades

espirituales). Es el “corazón” el que se endurece, por causa de las despiadadas irrupciones del *apate* (el engaño o los placeres) del pecado. Tal corazón -impío y desleal- puede conducir finalmente a una caída (literalmente, *apostasía*), a un apartamiento de la comunidad, al igual que los hijos de Israel fueron alejándose de la devoción al Señor y perecieron en el desierto (3:7-15).

El consejo del apóstol ahora toma una nueva dimensión. Aunque habla del endurecimiento -la lenta e insidiosa corrupción del corazón-, añade las ideas de desobediencia y rebelión (3:16-19; 4:6, 11). Se trata aquí de un deterioro de la experiencia religiosa que va más allá del mero descuido. De hecho, el autor plantea la sombría posibilidad de que el sutil poder del pecado pueda, incluso, pervertir el corazón hasta llevarlo a desafiar abiertamente al Señor.

Una tercera sección del sermón, 5:11 al 6:20, proporciona luz abundante sobre la naturaleza de la comunidad y sus peligros espirituales. El apóstol ahora reprende a sus oyentes por su falta de crecimiento. Ya deberían ser maestros, y en lugar de ello, aún necesitan aprender el abecé de los oráculos divinos. En vez de avanzar hacia la madurez, son niños espirituales todavía. Se han hecho “tardos para oír” (5:11-14).

La ilustración basada sobre la agricultura que se encuentra en 6:7 al 12 vuelve la exposición más familiar. La tierra que recibe lluvia copiosa debe entregar su cosecha; de otro modo, queda maldita. Asimismo, los cristianos deberían ofrecer evidencias de las bendiciones de Dios en sus vidas o, de lo contrario, las perderán. El problema abordado se asemeja al que hemos visto en las exhortaciones previas en contra del descuido y el endurecimiento del corazón. Aquí, el autor amonesta a los lectores para que no se vuelvan

perezosos o indolentes, en vez de mantener una fe perseverante hasta el final (6:11, 12).

Al mismo tiempo, vemos un cuadro muy intenso de la posibilidad de un abierto rechazo de los valores de la comunidad. La advertencia en 6:4 al 6 es una de las más duras de toda la Biblia, y ha suscitado intenso estudio entre los cristianos desde los primeros tiempos. La analizaremos detenidamente más adelante (ver capítulo 7). Por ahora, nos basta con fijarnos en los tres términos clave en la descripción acerca de la negación de Jesús: la (re)caída (literalmente, *apostasía*, como en 3:12); “crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios” (“ellos mismos lo clavan otra vez en la cruz”, según la versión NTV); y “exponiéndolo a la burla”. Es una imagen triste, desoladora. ¿Es posible que alguien bendecido por el Espíritu y nutrido por la Palabra de Dios pudiera un día llegar a repudiar pública y abiertamente a Cristo y a su cruz? Sí, dice el apóstol. Aun eso es posible. Así que, ¡tened cuidado!

Un cuarto pasaje, 10:19 al 39, plasma el doble peligro del descuido y el rechazo que ya hemos visto. Aquí encontramos, por una parte, el peligro de *fluctuar*; de dejar de reunirse con el pueblo de Dios; de olvidar los “días pasados” de la firmeza cristiana; de abandonar la confianza en la certeza del triunfo del programa de Dios; y de retroceder (versículos 23 al 25, 32 al 39). Pero también hallamos un pasaje que recuerda llamativamente al de 6:4 al 6. Se habla en él del cristiano que peca de manera *voluntaria* (deliberada y decidida), desdeñando al Hijo de Dios, profanando la sangre del pacto y ofendiendo al Espíritu (vers. 26-31).

El apóstol vuelve a la exhortación en los dos últimos capítulos de su sermón. Su consejo muestra que sus oyentes afrontan el peligro de ir desfalleciendo, de ir

abandonando gradualmente la fe, bajo las penalidades de la vida cristiana. Pueden descuidar la hospitalidad u olvidarse de sus hermanos; o bien pueden caer en la idolatría, la inmoralidad, el amor al dinero, o en la trampa de las falsas doctrinas (12:3-14; 13:1-9). Al mismo tiempo, el autor introduce el ejemplo de Esaú (12:15-17). Él fue *bebēlos*, es decir, profano, impío, irreligioso. Debido a su desprecio de sus privilegios espirituales, perdió finalmente la bendición de la primogenitura y no halló manera de recobrarla. Del mismo modo, el peligro del rechazo y la negación es siempre una terrible posibilidad para los cristianos. “Mirad que no desechéis al que habla” (12:25).

Estos pasajes nos han proporcionado un perfil espiritual bastante claro de los destinatarios de Hebreos. Su problema no es los falsos maestros que han apartado sus inexpertos pies del camino, como en Galacia. No es el embriagador entusiasmo derivado de las manifestaciones del Espíritu, como en Corinto. No es la cuestión del fracaso de los judíos en recibir el evangelio, como en Romanos. No, su problema es el de la *sangre cansada*. Se han cansado de esperar el regreso del Señor. Se han vuelto indolentes respecto de su identidad cristiana, llegando a cuestionar el valor de su religión; tanto más cuando parecen asomar en el horizonte tiempos duros para los cristianos.

La lasitud espiritual es peligrosa, este es el mensaje del apóstol. Una y otra vez, como hemos visto, insiste en sus horribles consecuencias. Ya sea porque, sugiere, nos volvamos descuidados respecto de nuestros privilegios, tomando a la ligera lo que es de valor supremo, o bien porque acabemos rechazando de manera desafiante toda la fe cristiana, pasando a formar parte de la mayoría que no confiesa a Jesús como Salvador y Señor. Un final es tan nefasto como el otro.